

LAS REVISTAS

DE LA GRANDEZA EN EL DESTINO HISTÓRICO

Emil Ludwig, que viene hace ya varios años ocupándose de los grandes hombres de Europa y de América, tiene adquirida ya cierta autoridad para opinar en materias de grandes destinos. En un trabajo reciente—publicado en la *Revue d'Allemagne*—habla sobre la grandeza humana en general, y las conclusiones de su interesante estudio merecen ser reproducidas aquí.

Hoy, como en todos los tiempos—dice Ludwig—, la grandeza no se expresa en ninguna parte más netamente que en una personalidad. Hay grandeza en las acciones, en las obras, en los destinos. Pero ella no es jamás tan plenamente visible, tan tangible, tan ejemplar como en una gran vida, en una de esas vidas recorridas por el soplo de una poderosa originalidad, en que todas las pasiones, todas las audacias y todas las debilidades humanas arrojan sus sombras y sus luces.

Allí donde sea imposible dar una definición porque el objeto se cubre

siempre de nuevos colores, es un sentimiento general de admiración, a veces hasta de asombro, el que decidirá si hay caso de hablar de grandeza. Se adivina lo que el hombre fué y lo que no fué. ¿Por qué Isabel, con todos sus vicios, es más grande que María Stuardo, que sólo por su destino nos es más simpática que su feliz rival? ¿Por qué Aquiles es más grande que Ulises, que no sólo dió pruebas de nobleza en las adversidades sino que además fué el más inteligente de todos? ¿Por qué el nimbo de la grandeza brilla más vivamente sobre Buda que sobre Mahoma, sobre Bruto que sobre Hamlet, que sin embargo está más cerca de nosotros? ¿Por qué, obligados a escoger, damos la preferencia a Temístocles y no a Arístides, que fué modelo de justicia? ¿Por qué Federico de Hohenstaufen nos aparece más grande que Federico Barbarroja, que sin embargo ha sido transformado por la leyenda? ¿Por qué nadie piensa en dar el título de grande al Rey Sol, a pesar de todo el brillo que lo rodeó, mientras todo el mundo llama así al emperador Enrique IV? ¿Qué es lo que, desde siglos, atrae mayormente las miradas sobre César que sobre Augusto? ¿Por qué los propios ingleses admiran más a Napoleón que a Wellington, su ven-

cedor? ¿Por qué la figura de Lord Byron sobrepasa a las de sus rivales? ¿Por qué el simple nombre de Goethe o de Beethoven evoca una idea de grandeza en los millones de hombres que han apenas leído, apenas oído sus obras?

Es que en todos estos casos hay una vida que se ha desenvuelto con valentía y según sus leyes propias, una lucha contra el mundo, aceptada con ardor y en vista de elevados fines; en todas partes hubo allí un esfuerzo para dirigir el destino y triunfar de él. Una voluntad de gran envergadura—llámesela heroica si se quiere—se une en todas las grandes vidas con una imaginación de la misma potencia, que es capaz de representarse como alcanzados los fines que se perseguían y, como consecuencia, hacer real lo extraordinario. La imaginación y la voluntad han sido siempre necesarias para dar alas al genio. Hasta el filósofo desprendido de la tierra, hasta el poeta más platónico no llegarán sino merced a esta voluntad de orden práctico a dar una expresión visible a sus pensamientos y a sus sueños. Lo mismo el realista más objetivo, sea hombre de Estado o sabio, no podría sino por la imaginación ver de antemano los fines que haya creído establecer por cálculo. Se ha resumido el universo en las palabras Voluntad y Representación: la voluntad y la representación son, bajo otras formas, los dos pilares sobre los cuales reposa la grandeza.

El hombre grande sabe, en el momento decisivo, marchar con el pecho descubierto al encuentro de su destino. El es el único con talla co-

mo para abordarlo. La audacia, la energía, aún si se evaporan en valores espirituales, la voluntad que empuja al genio hacia sus fines, tienen algo de irresistible y no están entrabadas por el interés personal ni por los desecns particulares de felicidad y de goce. En todas las horas decisivas de sus existencias todos los grandes hombres han obedecido siempre a sus voces interiores, nunca a su interés. Por los senderos de una selva aún inexplorada, ellos han hecho su propio camino, sin tener brújula, guiados solamente por ese llamado de su alma que no los había engañado nunca y al cual, en todos los momentos de crisis, han obedecido sin reflexionar. Todos los proyectos, todos los razonamientos, todo saber se han borrado desde que esa voz hubo sonado y puede decirse que la divinidad los ha habitado algunos instantes y hablado por sus bocas. ¿Qué importa que ello fuera un tratado, un drama, un sistema, una batalla? Su autor ha seguido su ley interior y ha obrado.

Ahora bien, esta ley interna—concluye el aplaudido autor de *Napoleón* y *El hijo del hombre*—la ha recibido siempre de su carácter y por eso el genio está determinado de una manera duradera por el carácter y no puede ser separado de él. Es también ésta la razón por la cual la grandeza de un hombre no se muestra nunca tan bien en una obra o en una acción particular como en el espectáculo que nos ofrece una gran existencia. Aquí es donde sentimos la proximidad de los dioses; aquí donde vemos hasta dónde puede llegar a elevarse el ser humano.